Antón Costas

20-D: oportunidad para el cambio

España es incapaz de cambiar para responder al malestar social y a la demanda de cambio que existe en Catalunya. La únicas alternativas son la frustración permanente o la independencia". En los últimos años he escuchado en muchas ocasiones expresiones de este tipo, como justificación tanto para renunciar a liderar desde Catalunya la reforma política en España como para optar por la ruptura.

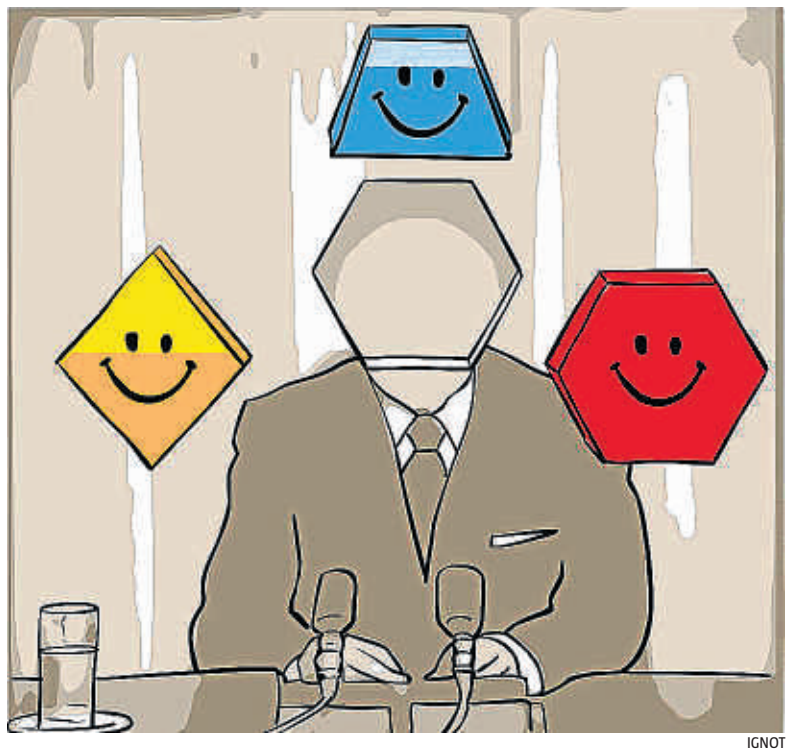
¿Es acertada esta percepción de inmovilidad de la sociedad española? En todo caso, ¿qué factores han bloqueado la capacidad de cambio político? Y, lo más importante, ¿qué circunstancias pueden romper este quietismo?

La hipótesis que aquí sostendré es que el 20-D supone una oportunidad para el cambio político. La razón es que esas elecciones romperán el bipartidismo que gobernó la política española. Fue ese bipartidismo, con gobiernos de mayoría absoluta, lo que ha bloqueado la capacidad para cambiar. Pero antes de ver por qué un sistema multipartido que obligue a formar coaliciones de gobierno será más proclive al cambio que un sistema bipartidista de mayorías absolutas, permítanme cuestionar la afirmación de inmovilismo de la sociedad española.

Es imposible encontrar en el último medio siglo una sociedad más proclive al cambio que la española. Primero fue la transición a la democracia, con la elaboración por consenso de una nueva Constitución. Vino precedida de un nuevo contrato social, los llamados pactos de la Moncloa. Pusieron las bases de un nuevo modelo socioeconómico que combinó economía de mercado con programas sociales de bienestar: educación pública, sanidad universal, cobertura de paro y pensiones públicas. Fue una salida modélica de una dictadura y de construcción de una economía social de mercado, y caso de estudio en muchas universidades extranjeras.

Unos años después nos enfrentamos a otros dos retos enormes. Primero fue el ingreso en la Comunidad Económica Europea y la apertura al exterior. Más tarde, la entrada de la peseta en el euro. Todo ello acompañado de una transformación social, en cuanto a valores y costumbres, que ha hecho que la España de hoy no tenga nada que ver con la de hace cuatro décadas.

El resultado de todos estos retos evidencia la capacidad para el cambio de la sociedad española. Pero también es cierto que esta capacidad de la sociedad no se ha visto acompañada de la habilidad del sistema de partidos para dar cauce a la demanda de cambio político. Una demanda surgida en especial, aunque no únicamente, alrededor del descontento con el modelo de reparto de poder político y de financiación del Estado de las autonomías.



IGNOT

¿Por qué esa asimetría entre la capacidad para el cambio social y el quietismo político? La explicación está en los gobiernos de mayoría absoluta. España es prácticamente el único país europeo que ha tenido gobiernos de este tipo a lo largo de las ultimas décadas. Los gobiernos de mayoría absoluta tienen algunas ventajas para gobernar el cambio económico, pero carecen de incentivos para la reforma política. Es decir, para introducir cambios en la estructura del poder.

Un gobierno de mayoría absoluta no gana nada cambiando las cosas. Al contrario, la reforma política introduce el temor a perder la mayoría. Sólo cuando existe incertidumbre sobre el futuro aparece un incentivo para la reforma. Eso es lo que ha comenzado a ocurrir ahora. En la agenda para las elecciones del 20-D todos los partidos, incluido el partido en el Gobierno, incorporan ahora asuntos como las reformas legales y constitucionales o políticas sociales que hace dos años no estaban en su agenda política.

Es la incertidumbre sobre el futuro lo que nos hace proclives al acuerdo. Tanto a los individuos como a los grupos políticos. El consenso para la reforma de las reglas básicas que regulan la vida política y social surge de la incertidumbre respecto de la posición que tendremos en el futuro. Si tenemos certeza de nuestra situación futura, no tenderemos a acuerdos que nos hagan perder una parte de nuestros privilegios actuales. Por el contrario, cuando no estamos seguros de si en el futuro podremos hacer frente por nuestra propia cuenta a situaciones de paro, de enfermedad o a la educación de nuestros hijos, nos volvemos más razonables. La existencia de un velo de ignorancia respecto de nuestra situación futura es lo que nos hace más sensatos y favorables a aceptar el cambio. Ese velo de ignorancia sobre el futuro es lo que hizo posible el contrato social que está detrás del éxito de la transición política española.

Lo mismo ocurre con los partidos políticos. Bajo el sistema bipartidista no había velo de ignorancia. El objetivo del PSOE y del PP era ganar las elecciones para gobernar con mayoría. La reforma era una amenaza a esa mayoría. Ahora la ruptura de ese bipartidismo en las elecciones europeas y municipales ha introducido una incertidumbre, un velo de ignorancia respecto del futuro. Esta nueva situación es la que, a mi juicio, hace que el 20-D sea una oportunidad única para el cambio político que España necesita. Un cambio que quizá no sea suficiente para los independentistas de toda la vida, pero que puede ser una vía de salida aceptable para la mayoría.●

A. COSTAS, *catedrático de Economía de la Universitat de Barcelona*

Alfons Sauquet

Respetar a Hobbes

A raíz de los últimos acontecimientos cabe preguntarse por el ámbito en el que, efectivamente, tiene hoy lugar el debate político en Catalunya.

Durante la campaña, la presidenta del Parlament proclamó su deseo de "no querer vivir de rodillas". La contundencia de tal afirmación, inexplicable fuera del contexto electoral, contiene el principal leitmotiv del eje nacional-soberanista. Mientras que resulta casi obsceno referirse a la vida en Catalunya con ese parámetro, habida cuenta de los déficits de libertad efectivos en otros lugares, la frase es reveladora del principal impulso, del aliento, del eje nacional-soberanista.

Sin embargo, el debate político no sólo se organiza actualmente en torno al eje libertad-opresión. El otro elemento que lo comienza a estructurar es el de la seguridad. El eje derecha-izquierda, como acertadamente se señalaba en estas páginas (*La Vanguardia*, 15/XI/2015, Ll. Moix) es, en estos momentos, menos relevante. Así, desde el punto de vista de los que han celebrado las últimas diadas, se percibe convicción, un fuerte sentimiento de *rightfullness*, de ejercicio de un derecho inapelable.

Hasta ahora, el predominio de la libertad ha permitido orillar los déficits en el proceso. Frente a la falta de precisión del proyecto, el libro blanco y otras iniciativas han cubierto las apariencias, pero no han hecho más que aplazar los interrogantes. En el fondo se ha crecido en lo instrumental: hay que trabajar primero por el *fait accompli* y será el día después cuando se hable de las estructuras o de los diseños.

El riesgo en que se incurre es enorme. Primero, porque el principal aliento del proceso se concentra en la fe. Es decir, persistir sin garantías. Y dado que la fe no necesita de otro soporte, si se desvanece no es posible restaurarla. Y en segundo lugar, porque el proceso, inevitablemente, es indicativo de un modo de hacer, e implícitamente ya dibuja posibles escenarios de futuro.

Hasta hace bien poco, había un acuerdo tácito sobre la importancia del contrato social, sobre el derecho de las personas a buscar la felicidad en libertad. Ahora quizás nos tocaría releer a Hobbes, si no con interés renovado, al menos para recordar el sentido que para Hobbes tiene el Estado, a saber, el de producir un temor reverencial para evitar el desorden.●

A. SAUQUET, *catedrático en Esade Business and Law School (URL)*

Pilar Rahola

El meme

Ya se han encargado las redes sociales de retratar jocosamente el ridículo de la ausencia de Mariano Rajoy en el debate de *El País*, cuyo vacío se ha llenado con memes de todo tipo. Es lo que tiene un presidente que ha usado tanto el plasma que acaba convertido en un holograma. Además, a Rajoy le cae bien la caricatura porque su mandato ha sido muy desdeñoso con la prensa, y el ejemplo más impertinente de esta actitud despreciativa es su reciente papel de jijí jajá en un programa de fútbol (con burda exposición del propio hijo), mientras se niega a ir a los debates políticos. En cierto sentido, lo del otro día es el rizo final de la degradación de unos dirigentes que no entienden que la información es un bien público y que la exigencia de respuestas no es un capricho ciudadano sino un derecho democrático.

Aunque, nobleza obliga, la tentación de escaparse de un debate incómodo existe en todos los barrios, y ahí está, para memoria de la estupidez, el número que montó doña Carme Chacón cuando maese Cuní planteó un debate con los candidatos y ella hizo la *espantá*. Por cierto, Josep podría hacer un máster entero del via crucis del periodista al intentar hacer su trabajo en plena campaña electoral. Tortura china. Por otro lado, tampoco es nueva la vocación de los candidatos de ir a bailar, conducir bólidos, hacer experimentos con gaseosa hormiguera, beber vino con el Bertín de turno y el resto de números televisivos ad hoc, todo con tal de evitar lo pertinente, que es explicar al detalle qué puñetas quieren hacer con el poder cuando lo tengan. Es la vieja ecuación política-poder, cuya bondad es inversamente proporcional a la bondad de la relación entre ambos. Es decir, cuanta peor relación entre políticos y periodistas, mejor salud democrática. Ello no significa, por supuesto, que los periodistas no tengan afinidades, ni convicciones, sino que puedan hacer su trabajo dignamente inquisidor. De ahí, también, que el poder –tanto a derecha, como a izquierda– lleva innata la voluntad de dominar a la prensa.

> A Rajoy le va mejor dar collejas a su hijo mientras habla del Real Madrid que debatir su programa

Y volvemos a la memez del debate con atril vacío. Lo peor es que igual le funciona y que a Rajoy le va mejor dar collejas a su hijo mientras habla del Real Madrid que batirse el cobre en la arena de sus contrincantes. "Se notarían demasiado sus carencias", susurran los suyos, como si ello fuera una explicación plausible. Y nada, no va a un debate –siguiendo la tradición de otros– porque parece que en la democracia española es muy normal que un candidato a la presidencia no debata su programa político.

En este punto, la cuestión no es la falta de rigor –o el desprecio– de un líder político, sino la capacidad estomacal de la ciudadanía de tragarse cualquier sapo. Porque no nos engañemos, esto lo hacen porque lo permitimos. Si nos hace más gracia ver a un político haciendo el asno que hablando de su programa, entonces tenemos lo que nos merecemos.●